

«DUC IN ALTUM».....

A mis ilustres profesores, Monseñor
R. M. Carrasquilla, y doctor Roberto Cortázar.

Agrupados en torno de este ideal, há poco unos oficiales de la marina francesa orientaban sus aspiraciones y su actividad hacia las cumbres de la perfección moral y fundaban, con este nombre, una sociedad cuyos miembros pretenden realizar plenamente, en el siglo, el ideal evangélico.

Cuerpo selecto, aunque reducido, falange heroica, no señalan límites a su excelso anhelo e intentan avanzar siempre sin desalientos ni regresiones, *in altum*, «mar adentro,» más allá...

* * *

Nobles alientos son los que asisten a la juventud colombiana que con elevadas miras aspira hoy a tomar puesto en la intelectualidad de nuestra Patria.

Con arrestos juveniles y noble arrojo, emprenden obra ardua, fiados en su constancia y apoyados en la experiencia de los mayores, quienes, sin duda, les prestarán el amparo que merece su generosa y casi temeraria empresa.

Que no es poca audacia—loable y bella—la de iniciar una evolución científico-literaria que para vivir y perdurar ha de caracterizarse con rápido éxito, en un medio intelectual como lo es el de la «Atenas Suramericana.»

Y no parece sino que confiados y ardorosos, osadamente emprenden rumbo «mar adentro,» *in altum*....

* * *

Merecen aplauso y apoyo.

Porque es digna de loor toda aplicación levantada, y a especial estímulo es acreedora la ordenación de las

energías juveniles a ideales superiores de virtud y de saber.

Rodear esos esfuerzos, guiarlos y socorrerlos y sostenerlos eficazmente, será asegurarles el acierto, apartarlos de errores, fecundarlos y acaso crear un núcleo de concentración de los valores nuevos, una corriente pura que los reúna y que aparte de extraviados cauces las mentes y los corazones.

Vuelta, en efecto, la mente en alto hacia la idea, se ennoblece y avigora, como la planta a la luz solar, y se enaltece con ella el corazón; supuesta la claridad de la idea resplandeciente en luz pura y serena, cual la ansían los iniciadores de tan simpático movimiento, quienes, mediante la colaboración de personas ilustradas y expertas, aspiran a emprender estudios interesantes en los distintos ramos del saber y a dilucidar y vulgarizar cuestiones de orden propiamente científico y moral.

Porque de tales asuntos ha de adquirir valor e interés una evolución que aspire a ser exponente de cultura intelectual, complemento feliz de las aulas universitarias y palenque de honor en donde se ejerciten las jóvenes inteligencias y hallen campo a felices iniciativas y acaso la senda de decidida vocación.

* * *

No conocemos el programa de sus autores; y aun quizás no lo habrán fijado ellos con precisión; pero juzgamos—que no insinuamos—ha de regirse por un criterio esencialmente cultural, dentro del amplio y fecundo campo especulativo, ajeno a negocios de otro orden, y moverse en regiones en que se respire siempre aire de alturas.

Cuestiones de ciencia, arte y filosofía, acometidas y expuestas a la luz de los principios de la sana filo-

sofía y de la ley revelada: dentro de este círculo vastísimo hay lugar a ensayos, iniciaciones, estudios e investigaciones útiles y honrosas, descartando los asuntos impropios de la política mezquina, semillero de perennes contiendas y recriminaciones.

¿Campo neutral?...

En lo opinable y privativo cabe la neutralidad, mas ¿es posible en las cuestiones fundamentales, directivas de la vida racional, así en el orden público como en el particular?

Por otra parte, ¿qué cuestión esencialmente «humana» no es dominada por un horizonte superior, no trasciende el tiempo y se agita en el infinito?

¿Y se contentará el espíritu humano en estos puntos substanciales y primarios, con dudar, con prescindir o, llevado de diletantismo pseudo-científico, con un zetetismo vano y desconfortante, sin más aspiración que buscar la verdad para no encontrarla?

No cabe en la mente humana la indiferencia absoluta. Necesita afirmar, creer, y afirma y cree a despecho de todo agnosticismo; su obrar, como su ser, es una afirmación, un credo que implica leyes físicas y superfísicas, cuya objetividad garantizan la estabilidad y la constancia del orden práctico.

La indiferencia absoluta conduciría a la confusión, si no a la inacción y a la muerte.

Mas no existe en el orden práctico tal indiferencia; no la hay, por tanto en el orden ideal que le domina y rige.

Es decir, existe una actividad racional, hay leyes racionales, hay un mundo racional, tan verdadero, tan ordenado y bello como el que abarcan los sentidos, y sus principios y leyes tienen la firmeza de las que sustentan y mantienen la materia.

No vacilaremos, pues, en afirmar las verdades directivas de este orden racional, cuya última causa se halla en la síntesis suprema a que de su análisis es forzoso remontarse. Dios, Sér primero y razón primera, a cuya luz conoce o vislumbra la mente humana lo que por sí no alcanzaba.

Vana, incierta, ilegítima es toda ciencia que hasta Dios no se eleva y noblemente de la luz divina no mendiga nuevos rayos que esclarezcan y coronen la humana inteligencia. Esta concibe lo absoluto, en lo cual consiste su grandeza, mas el absoluto es inexplicable fuera de Dios (1).

No es, por tanto, natural ni racional el cientismo naturalista o racionalista: lo absoluto se trasluce en lo relativo y al través del velo de lo visible aparece lo invisible, aparece Dios, belleza y armonía infinita que refleja y canta la Creación:

Arpa es la Creación que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo suave y cántico sonoro;
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento,
En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro (2).

Testigo, admirador y rey de esta creación que supera en el pensamiento, el hombre es también el intérprete de ella, el artista, el cantor que traduce al lenguaje y la expresión la verdad y belleza que en ella se encierra.

Y hé aquí por qué ni hay ciencia agnóstica, ni hay

(1) «El hombre es tan grande, porque por el pensamiento y la conciencia alcanza lo absoluto, en cuya comparación, según lo admitió Pascal, es nada el universo.» (Mons. Elie Blanc. *Histoire de la Philosophie*).

(2) Núñez de Arce

ciencia neutral y atea. En lo esencial y necesario la afirmación, la declaración se impone.

Preciosas son, al respecto, las luces de la «antigua» filosofía, de aquella ciencia «suma» fruto de las más bellas inteligencias, intensamente cultivada en los siglos bien llamados «metafísicos», siglos «luminosos que prepararon los nuestros, grandioso sistema y verdadera síntesis científica, hoy admirada, restaurada y entronizada sobre la confusión babélica de los sistemas «modernos», y que ha merecido el expresivo dictado de «filosofía perennis.»

Utilísimo e interesante en máximo grado sería, por lo tanto, divulgar las enseñanzas filosóficas tradicionales, y muy propio y digno de una evolución de cultura intelectual como ésta, que se propone coadyuvar a la formación de la mentalidad juvenil y nutrir las mentes de alimento substancial.

*
* *

Y venga, en buena hora, la evolución estudiantil, a ocupar puesto de honor entre los gladiadores del pensamiento, con alto ideal de verdad y de bien.

«Que el más humilde escrito que defiende las ideas eternas más pesa delante de Dios que el volumen de ruidoso éxito que se arrebatan las manos impuras del mundo» (1).

R. A. DE AZCARATE Y RIVERA
alumno convictor.

(1) Pierre l'Ermite.

